

El PSOE y el futuro

JAVIER ZARZALEJOS

Los socialistas pueden culpar de todos sus males a la devastadora conjunción que ha unido a Rodríguez Zapatero con la crisis, pero se estarían engañando

Apenas se conocieron los resultados de las elecciones, ya hubo quienes expresaron su preocupación. España —han venido diciendo desde entonces— necesita un Partido Socialista fuerte que sea el interlocutor necesario en la oposición del Gobierno del PP. Muchos lo creen sinceramente. Son los que están guiados por el deseo de que se recupere la estabilidad institucional y la civilidad que permita la reconstrucción de los consensos rotos. Otros parecen olvidadizos en exceso. No hubo en estos ni rastro de la preocupación que ahora exhiben cuando la exclusión del Partido Popular se convirtió en el paradigma de la política española y en el eje de la alianza entre socialistas y nacionalistas en la que ha vivido Rodríguez Zapatero. Cuesta creer que este grupo de analistas apesadumbrados haya pasado por alto que, desde el ominoso pacto del Tinell, los socialistas, primero en Cataluña, después en el ámbito nacional, abanderaron las políticas de ‘cordón sanitario’ contra el PP y que lejos de reconocer a este partido la representatividad que le correspondía, presentó su exclusión como una medida saludable y, por supuesto, progresista.

La cuestión no sólo lleva preguntarse si el PSOE es necesario sino cuál es el socialismo necesario. Los socialistas pueden culpar de todos sus males a la devastadora conjunción que ha unido a Rodríguez Zapatero con la crisis, pero nuevamente se estarían engañando. Zapatero, al fin y al cabo, ha sido la condensación de los males que aquejan al socialismo pero no su causa, ha sido el eco de su empobrecimiento ideológico y de la pérdida del rumbo. Al declive general del socialismo en Europa se han unido las múltiples y graves singularidades de la propia crisis de los socialistas españoles.

En la situación que atraviesa el Partido Socialista tal vez alguien podría leer con algún aprovechamiento un artículo que hace casi exactamente un año escribió el laborista británico Denis MacShane, ministro para Asuntos Europeos con Blair, buen conocedor del PSOE y miembro del Parlamento de Londres. Después de la derrota de Brown ante David Cameron, y a la vista de la salida masiva de la izquierda de los gobiernos europeos, MacShane se preguntaba si el declive de la izquierda era ya terminal y ofrecía una reflexión sincera e ilustrativa al respecto.

El autor constataba que «en el pasado, la izquierda debatía el futuro. Ahora se dedica a debatir sobre la identidad. La desintegración de la política de clase en la confusión de una política de grupos de interés ha dejado a la izquierda sin una voz propia». Al adoptar la identidad como su distintivo, la izquierda ha degradado la libertad a mera transgresión, ha fragmentado la sociedad en grupos y segmentos sobre los que poder predicar su nuevo

argumento de emancipación, ha mutilado el sentido de la ciudadanía y ha sustituido una narrativa de progreso común, propia de la socialdemocracia, por otra posmoderna en la que el progreso se hace residir en la satisfacción de las pretensiones individuales a cargo del Estado. Reprocha MacShane a la izquierda europea el que esta tenga políticas para todo tipo de grupos pero que carezca de política que pueda integrar al conjunto de la sociedad. Los socialistas no pueden extrañarse del abandono electoral que han sufrido si una gran parte de la sociedad resulta invisible para las políticas de los gobiernos de izquierda porque se trata de una parte de la sociedad que no reúne requisitos singulares de identidad, ni puede construir un argumento de opresión histórica o cultural, ni reclama atención por su condición ‘transgresora’.

Este es el socialismo abducido por el discurso identitario del nacionalismo, el socialismo que antepone los derechos de los territorios a los de la ciudadanía. El socialismo que ahora, con tintes ridículos, se abronca en las tribunas públicas donde se enfrentan los que piden líderes que griten ¡Viva España! con los que creen llegado el momento de

que el PSOE haga suya la autodeterminación. Aquellos, con el oportunismo que caracteriza a trayectorias como la de José Bono, parecen ir detrás del tiempo perdido, alarmados por el peligro que representa para el PSOE la consolidación de una alternativa de centro izquierda basada en el discurso cívico que los socialistas han perdido. Los otros, en la lógica nacionalista e identitaria que han asumido, pretenden hacernos creer que la autodeterminación debe ser el principio que estructure la asimetría del modelo territorial del Estado, en vez de



JOSE IBARROLA

constituir el vehículo de su destrucción antidemocrática, que es lo que realmente sería.

Las líneas de fractura que resquebrajan la posición de los socialistas parecen bastantes claras. Otra cosa es que quieran o puedan repararlas. No está escrito que una derrota de este calibre abra un camino de modernización que vuelva a conectar a este partido con la sociedad. Podría perfectamente ocurrir lo contrario. Cuando en 1979 los laboristas británicos perdieron ante Margaret Thatcher, decidieron que su derrota era el castigo por no ser suficientemente de izquierdas. Pusieron el partido en manos de un grupo de lunáticos extremistas dirigidos por Michael Foot. Tardaron catorce años en contar con un Blair y pasaron dieciocho hasta que volvieron el poder.

Tres generaciones de políticos socialistas han descarrilado con esta derrota. Nadie parece tener autoridad moral ni política para elevarse sobre su propio fracaso, emprender una corrección sería del rumbo y ofrecer algo más que variaciones sobre un discurso desgastado y falto de credibilidad. Tanto es así que Alfredo Pérez Rubalcaba responderá a Rajoy en la sesión de investidura.